



10 de diciembre 2020

DESDE EL CORAZÓN DE LO VIVIDO

Carlos Martín Beristain, en el Premio René Cassin.

A pesar de que he estado buscándolas, no tengo palabras para explicar qué supone recibir este premio. Lo vivido en todos estos años, se junta en esta memoria de René Cassin. Vengo aquí con las imágenes y los nombres de tanta gente querida en mi corazón.

Jon Sobrino, dice que la solidaridad es una forma de devolver el amor que otros nos dieron desde antes de venir al mundo, y al nacer, y que la aventura de la vida consiste en ese proceso de andar devolviendo lo que antes nos regalaron. Eugenio, un hombre inquieto y que a pesar de que no salió apenas de Bilbao había recorrido el mundo con su curiosidad por la geografía universal que llenaba las estanterías de nuestra infancia, me enseñó la capacidad de indignarse permanentemente frente a la injusticia, peleando con la televisión de blanco y negro que había en casa, en cada telediario. Mi ama Leo en cambio, era la alegría de la vida, tenía ánimos para repartir a todo el mundo, así que desde pequeño tuve buenos maestros.

Cuando aún no tenía la edad para ser llamado a filas, decidí no hacer el servicio militar, esa pelea por el derecho a la objeción de conciencia como una apuesta por la paz que en ese tiempo casi nadie entendía. En 1989, en El Salvador en medio de la guerra, comenzamos un trabajo de atención a víctimas de tortura, esa metodología de demolición de la dignidad, que juntaba cosas que siempre he tratado de unir desde entonces, los derechos de la gente, los casos y las personas y pueblos que las sufren y que, por ello, las reivindican. Ese camino me ha llevado a otros muchos lugares de América Latina y África, desde el corazón de lo vivido, y gracias a la confianza de tanta gente.

Acompañando a las mujeres mayas de Mamá Maquín, en el refugio mexicano, en un taller sobre los derechos, pensé que iban a salir más frustradas porque una cosa son las declaraciones y otra la realidad. Pero eso animó a las mujeres a organizarse, porque como ellas decían: *ahora sabemos que tenemos derechos*. Y ese no es un conocimiento ingenuo, sino una conciencia de la

dignidad, una revalorización de la propia autoestima colectiva de las mujeres, aún en un contexto que las niega.

Los derechos humanos no son una declaración, están escritos por los miles y miles, y más miles de rostros y gentes que son expulsados de sus propias vidas. ¿Qué hubiera sido yo si hubiera nacido en alguna de esas guerras, en medio de la exclusión y la miseria?. Esa conciencia de la fragilidad humana es también la de la vida que cuidar y defender. La empatía es una energía de transformación. Pertenezco a una generación que aprendimos con Paulo Freire, que la educación no puede ser bancaria sino crítica con la realidad, que las cosas no son así, sino que están así. Y esa distancia, habitada de tanto sufrimiento, es la que hay que superar.

Muchas comunidades originarias con las que he trabajado en África o América, entierran el ombligo en la tierra. Esas células madre, que vuelven a donde nacieron, nos recuerdan la naturaleza de la que somos parte. En la Amazonía este trabajo psicosocial acompañó las luchas contra la contaminación petrolera del pulmón del mundo, para mostrar las heridas en la selva y en la gente, como una forma de defender los derechos de la naturaleza que no puede hablar si no aprendemos a escucharla.

Como decía Eduardo Txillida, la patria es el horizonte que nos mueve y, en ese camino, he ido adoptando hermanos y hermanas. Con las Comunidades mayas de Población en Resistencia, que vivieron al límite de la vida y la muerte en medio de la persecución en las montañas de Guatemala, aprendí que los caminos son de ida y vuelta, que si vas a preguntar es porque vas a hacer, que si vas a enseñar es porque vas a aprender.

En 1998, publicamos el Informe Guatemala Nunca Más, basado en la escucha de cinco mil víctimas, con el apoyo de la Iglesia y de monseñor Gerardi, que dos días después de presentar el informe, fue asesinado.

La centralidad de las víctimas no es que tengan razón, sino que su experiencia y sufrimiento no es un polvo que se pueda esconder debajo de la alfombra, y constituye la base de la reconstrucción. Y que si no se desmantelan los mecanismos que hacen posible el horror a gran escala, el Nunca Más puede ser solo un deseo bien intencionado, en lugar de un proyecto de transformación. Esa experiencia ha sido un aprendizaje para otras comisiones de la verdad en el mundo.

Los procesos de reconstrucción del tejido social pasan por hacer las cosas en un tiempo en que no se pueden hacer. Así fue en Colombia, cuando con la Ruta Pacífica de las mujeres recogimos mil testimonios de mujeres víctimas cuando ni siquiera se podía hablar de conflicto armado interno en el país. Tuve el privilegio también de trabajar con las Mujeres de Negro de Serbia que

acompañaron a las mujeres musulmanas de Srebrenica en Bosnia, desde una solidaridad entre iguales que traspasó todos los estigmas políticos. En el País Vasco, las víctimas que participaron en la Iniciativa Glencree, cuando todavía los atentados de ETA, las denuncias de torturas, y el bloqueo político, auguraban el fracaso de cualquier diálogo entre diferentes, empezaron los encuentros hablando de *vosotras* y *nosotras*, contando su dolor, haciendo un tremendo esfuerzo y de repente sintiéndose identificadas entre sí. Terminaron reconociéndose del mismo lado, del que ha puesto el sufrimiento. Y nos dieron una lección a toda la sociedad que incluía un examen crítico del pasado, en el que todavía tenemos tantos pendientes.

El trabajo de derechos humanos es una lucha contra el mandato de impotencia y las pretendidas verdades que ocultan lo que dicen mostrar. En el caso de los 43 estudiantes desaparecidos en Ayotzinapa, en México, escuchamos muchas veces: *no van a poder hacer nada, no les van a dejar*. Pero la defensa de los derechos humanos tiene en las víctimas la fuente de sentido. Gracias a ello, pudimos demostrar que la llamada verdad histórica no se parecía nada al nombre que le pusieron, y que distintos niveles de autoridades del Estado, junto con el narcotráfico, estaban involucradas en los hechos, en un camino que todavía espera su destino. Algunas de estas cuestiones se dieron en otros muchos casos de personas desaparecidas.

Las maneras en cómo los derechos humanos se tejen con la construcción de la paz, tiene hoy un ejemplo clave en Colombia, donde trabajamos con otras instituciones, y sobre todo de la mano de más de veinte mil víctimas y sobrevivientes, que han dado su testimonio para que la verdad sea un camino de reconstrucción de la convivencia. Estamos acompañando al exilio, que es un no lugar en el mundo, y que necesita un proceso de escucha y reconocimiento que se teja con las demandas del cumplimiento del acuerdo de paz y su extensión para la transformación que Colombia necesita.

En el Sahara Occidental comenzamos ese trabajo de escucha a las víctimas para visibilizar lo que ni siquiera *existía*. Desaparecidos, bombardeos, torturas, no son cosas abstractas. Son personas con nombre, de un pueblo hermano que sigue reclamando el derecho a vivir sin miedo. La peor receta para un conflicto es aplicarle la desesperación y el olvido. Hoy, es una llamada de atención para que a un Alto el Fuego que duraba desde hace 39 años le acompañe un Acuerdo de Paz que ayude a poner las bases de la reconstrucción, y respete su palabra.

Aprendimos a unir el trabajo de derechos humanos a la atención psicosocial, no como una forma de consuelo para dejar las cosas como están, sino desde una psicología para la transformación de las condiciones que generan ese sufrimiento social y el fortalecimiento de redes de apoyo. Hoy en día, casi nada se parece al nombre que tiene, y recuperar ese lenguaje en el que

reconocerse es parte de la conciencia de lo que hay que cambiar. Las personas desaparecidas no pueden ser olvidadas en la cuneta de la historia. La estigmatización del que piensa diferente, del migrante o el refugiado, como sospechoso o terrorista, no solo conlleva la criminalización de los humildes, sino destruye las bases de la democracia.

En este camino adopté también una segunda amaxu en Colombia, Fabiola Lalinde, que fue la primera mujer que encontró los restos de su hijo desaparecido, Luis Fernando, mientras era también perseguida. A su lucha le llamó Operación Sirirí, un pequeño pájaro que persigue al gavilán gritando hasta que suelta sus crías. La lucha por los derechos humanos se basa en la capacidad de generar respeto como condición para la convivencia, y vergüenza en los poderes que los vulneran. Vivimos tiempos en que está a punto de perderse una antigua esperanza de la humanidad, que recuperó la declaración Universal de los Derechos Humanos. La esperanza que señala el poeta John Berger, de que para mucha gente el sólo hecho de darle nombre a lo intolerable constituye en sí mismo una esperanza, ya que, frente a lo intolerable, resulta inevitable la acción.

En todos estos años, las personas que me han acompañado y que he acompañado, habitamos en esa esperanza.



Muchas gracias por no olvidarlo, por tenerlo en este pensamiento compartido.

